

# **El manual escolar quebequense, testigo de la evolución de la sociedad durante 300 años**

Paul Aubin

Centro interuniversitario de estudios quebequenses,  
Universidad Laval

[paubin@upc.qc.ca](mailto:paubin@upc.qc.ca)

<http://www.bibl.ulaval.ca/ress/manscol>

Si en la letra impresa hay realmente un producto universal, este es el manual escolar, presente en todos los países, vehiculizando similitudes y al mismo tiempo mostrando particularismos. Me atrevo a esperar que estas pocas informaciones que paso a brindarles sobre la historia del manual quebequense permitirán a los lectores operar acercamientos con la de sus países de origen, identificando paralelamente especificidades.

Ante todo, una precisión: en Canadá, la educación es competencia de la jurisdicción provincial; sin querer involucrar al lector en nuestros debates constitucionales, voy a hablar de manuales quebequenses no canadienses, es decir de manuales editados en Quebec, y también de numerosos manuales de origen extranjero reeditados en Quebec, pero voy a ignorar los manuales extranjeros que se utilizan en mi país sin haber sido reeditados.

Quebec se presenta como un laboratorio particularmente rico en cuanto a posibilidad de análisis comparativos con otras culturas. Provenimos mayoritariamente de dos grandes corrientes inmigratorias llegadas de Europa del Oeste, que nos dejaron su marca. Tras asimilar en mayor o menor medida esos aportes extranjeros, intentamos crear nuestro propio modelo tratando de incluir en él a las culturas que nos presidieron en este suelo y a las que llegaron recientemente para colorear nuestro paisaje. Este vaivén –por no decir ambigüedad- marca todos nuestros productos culturales, comenzando por la literatura que utilizamos en la enseñanza desde hace ya tres siglos. Las siguientes reflexiones sobre la evolución del manual escolar en tierra quebequense se articulan en torno a tres ejes que son pivote para estos impresos pedagógicos: los consumidores, los productores y los reguladores.

## 1608-1762

Sería tentador proceder a un barrido de todo el período de la Nueva Francia —el que va desde los primeros establecimientos franceses a comienzos del siglo XVII hasta 1763, momento de la cesión del territorio a la corona inglesa— recordando la ausencia de impresores y la carencia de estructura estatal como marco del mundo escolar, para concluir declarando la inexistencia de manuales. Por embrionario que haya sido, el sistema escolar ofrecía ya un primer mercado. Disponemos de muy pocas cifras sobre la frecuentación escolar y por ende sobre el número de consumidores; en el caso del Colegio de los Jesuitas — única institución de «alto saber» antes de 1763—, se señaló una cifra de 1700 alumnos en 130 años de existencia.

Eran pocos compradores potenciales para una producción necesariamente extranjera. Publicado en París en 1702 por el segundo obispo de Quebec, el *Catecismo de la diócesis de Quebec* fue redactado en gran parte en Francia, por un francés, Monseñor de St-Vallier y tuvo luego aquí una circulación más que restringida debido a las vicisitudes de la guerra de sucesión española. Los obispos no son los únicos agentes de penetración de los manuales de Francia en Quebec. Antoine Forget es un laico francés que llega a Montreal en 1701 para dar clase entre los Sulpicianos, con la

formación recibida en el seminario de maestros rurales de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de París. Le prometen que el hermano Nicolas Vuyart, su ex profesor y director de esa escuela normal “avant la lettre”, le va a enviar lo que ha solicitado para sus alumnos. Sabemos por la *Dirección de escuelas*, guía oficial de la comunidad en materia de enseñanza, que los libros destinados a los alumnos eran en aquella época un libro de oraciones, un silabario, un libro de lectura en escritura cursiva, un tratado de urbanidad y un salterio. Podemos inferir que son esos los libros solicitados por Forget a su antiguo mentor, pero por el momento no puedo ir más lejos en la identificación formal de los manuales que circulaban en las llamadas «petites écoles», escuelas de pequeños, primarias.

Junto a los productores y consumidores de manuales, hay que añadir la tarea de los reguladores. En Nueva Francia, la educación –¿hay motivos para sorprenderse?- es un tema de la iglesia; la ordenanza del intendente Dupuy de 1727 recuerda que, para dedicarse a la enseñanza, era preciso contar con un permiso del obispo. Los obispos no solo se preocupan por el abastecimiento de catecismos a los colegios, sino que además vigilan los impresos que llegan a las manos de los alumnos: el *Ritual de Monseñor de St-Vallier* recuerda en 1703 que, al inspeccionar las escuelas, el gran vicario debe verificar que los niños no lean libros perniciosos.

Con la nueva fidelidad debida a partir de 1763, se invierte completamente el juego: no solo son diferentes la lengua y la religión de los nuevos maestros, sino que la toma de posesión de la Nueva Francia por Inglaterra determina la llegada de una nueva ola de inmigrantes que también va a querer ser instruida en su lengua. Y así tiene lugar un cambio mayor: la instalación en Quebec de un primer impresor proveniente de Filadelfia: Esto implica la posibilidad de producir localmente el material pedagógico.

### 1763-1839

Los ochenta años siguientes, hasta 1840, están marcados por la aparición de las primeras estructuras estatales tendientes a encuadrar la práctica escolar.

Esta intervención inicial del estado en la esfera de la educación se manifiesta también, tímidamente, en la producción y consumo de manuales. Los reglamentos de comienzos del siglo XIX prevén que “se observará en las escuelas un sistema uniforme, disponiendo en cuanto sea posible los libros de que se servirán los preceptores, según una lista preparada para las escuelas de cada iglesia por los respectivos concejeros de la institución, los cuales son a su vez miembros de dicha iglesia”. Por primera vez -y no será la última- hay una preocupación por la uniformidad de los manuales, confiándose a las dos iglesias acreditadas el cuidado de dicha política. La ley de 1829 solicita a los inspectores que incluyan en sus informes la lista de los “libros de que se sirve la comunidad escolar”.

Los productores de manuales no esperaron esa intervención del estado para dedicarse a la tarea. Entre 1765 y 1839, se imprimen en Quebec 142 manuales, con un

promedio de algo menos de dos por año. En la década de 1830 se duplica dicho promedio, signo evidente del aumento de clientes provenientes de las nuevas escuelas que se abren como consecuencia de la ley de 1829. En 1828 concurren menos de 12000 alumnos a la escuela primaria, mientras que siete años más tarde se computan más de 50000. Hay mercado y habrá productores.

Para dichas escuelas escriben unos sesenta autores formalmente identificados. Hay entre ellos alrededor de quince miembros del clero, desde un obispo para el catecismo de 1765 hasta profesores de seminarios. No deja de sorprender, considerando el estado embrionario del sistema escolar, la proporción de profesores que redactan manuales; más de la mitad de los autores cumplen tareas de magisterio. Algunos, como Joseph Laurin, escribano de profesión y profesor temporario, escriben para pagar el costo de sus estudios, pero otros inauguran la tradición de esos profesores de carrera que, confrontados a manuales deficientes o simplemente inexistentes, intentarán llenar ese vacío con su propia experiencia en el terreno; Joseph-François Perrault inaugura esta tradición con sus 13 títulos.

A la redacción hay que agregarle su alter ego, la edición. La producción de manuales escolares, iniciada por un único editor en 1765, habrá reclutado a fines de la década de 1830 más de sesenta impresores/editores que prueban a la vez una realidad cultural, la ampliación de un colectivo de lectores, y una realidad socio-económica, acaparando los editores angloparlantes la mayoría de la producción de textos durante un tiempo más. De los 142 títulos que ya mencioné, 32 – es decir un 22%- están redactado en inglés.

Los autores quebequense o que trabajan en Quebec se dedican tempranamente a la redacción de manuales; ya en 1770 el jesuita francés La Brosse publica un libro de oraciones que hace las veces de abecedario para los Indios Montañeses. Sin embargo, la escasez de personal obliga a reimprimir en Quebec manuales de ultramar. De Francia llegará el 26% de los libros que se ponen entre las manos de los alumnos y un 13% provendrá de Inglaterra, incluyendo una primera remesa de los Estados Unidos. Recuerdo que estoy hablando de manuales de origen extranjero que se vuelven a imprimir en Quebec. Señalemos finalmente un movimiento inverso, aunque tímido: es el caso de los manuales inicialmente redactados y publicados en Quebec que se utilizan en el extranjero, como las dos gramáticas de los sulpicianos Rivière y Houdet publicadas en Montreal en 1811 y reeditadas en 1832 en Francia, o el abecedario en lengua Mohawk que Daniel Claus publica en Montreal en 1781 y que vemos aparecer en Londres cinco años después.

No solo hay más alumnos y por lo tanto más compradores, sino que se amplía la oferta de materias destinada a dicha clientela, como lo prueba la publicación de nuevos títulos en Quebec. Comencemos por el primer nivel: gramática francesa en 1778, gramática latina en 1796, lectura francesa en 1800, geografía general en 1804, historia de la antigüedad y aritmética en 1809, francés lengua extranjera en 1810, inglés lengua extranjera en 1811. Pero la lista no se agota con el nivel inicial; para los alumnos avanzados se publica en 1824 el primer manual de astronomía, sin olvidar el

de trigonometría en 1827 y el de filosofía en 1835.

Con la ampliación del campo pedagógico pasamos a una nueva etapa. Por primera vez hay quebequenses que dan a conocer sus puntos de vista sobre lo escolar, iniciando la reflexión en una ciencia que era en Quebec totalmente novedosa, la pedagogía. Quien por primera vez se incluye en este rubro va a ser luego un prolífico autor de manuales: se trata de Joseph-François Perrault. Aunque no deja de asombrar su primera intervención como pedagogo. Con el objetivo de paliar la escasez de manuales y su costo demasiado alto para gran parte de los padres, ya en 1822 sugiere no publicar manuales, sino imprimir cuadros de gran tamaño destinados a la iniciación a la lectura. En realidad, Perrault retomaba la sugestión ya difundida unos diez años antes en un informe del gobierno que se inspiraba abiertamente en el pedagogo inglés Lancaster.

Muy pronto los analistas también se ponen de acuerdo sobre la necesidad del manual para la enseñanza y pasan a reclamar uniformidad en su uso, deplorando al mismo tiempo la cruel carencia del mismo. Otro tema de reflexión e inquietud: el aporte de lo extranjero en los manuales quebequense que “cultivan a los escolares más en el saber sobre países extranjeros y antigüedad clásica que en los anales y la topografía de la América del Norte.” Sorprende que ya en 1833 alguien deje por escrito un llamado de atención de este tipo, pero aún más asombroso resulta leerlo en un ensayo publicado en Francia por un autor que nunca se hizo presente en Quebec.

Si bien el período 1765-1840 asiste a la aparición de los primeros manuales y las primeras estructuras administrativas que van a encuadrar la práctica de la enseñanza, el cumplimiento de esta en realidad no es demasiado seguro considerando el escaso personal dedicado a la supervisión.

### **1840-1875**

La creación del puesto de Superintendente de Instrucción Pública en 1840, coronada por la de un primer Concejo de Instrucción Pública en 1856, implica un cambio de envergadura en la gestión del mundo escolar: En lo sucesivo, la instrucción tendrá que someterse a reglamentos estrictos dictados por organismos estables y con mandato conferido a dichos efectos; el manual escolar va a apreciarlo de inmediato. Se comienza en 1841 confiando la elección de los manuales a las muy recientes comisiones escolares —organismos a cargo de la administración de escuelas en un territorio dado— antes de especificar en 1846 que los ministros del culto, tanto católicos como protestantes, tienen un derecho de control sobre los manuales que se utilicen para la enseñanza de la religión o la moral. Mientras el Superintendente —Jean-Baptiste Meilleur en este caso— encarnó la totalidad del aparato estatal, es comprensible que las comisiones escolares locales gozaran de un alto grado de libertad; pero al crearse en 1856 un organismo con mandato para administrar las escuelas a nivel de Quebec, fueron transferidos a este ciertos poderes reservados hasta ese entonces a las instancias locales. Fue así como la ley de 1856 confirió al muy reciente Concejo de Instrucción Pública el mandato de confeccionar la lista de los

libros que podían utilizar los profesores, instaurando así la política de aprobación de manuales que es la que sigue en vigencia al cabo de 150 años.

Si el aumento de personal explica, por lo menos en parte, la estructuración de la enseñanza —se pasa de menos de 5 000 alumnos en 1842 a más de 240 000 en 1875—, es ese mismo aumento fulgurante el que justifica una producción cada vez más amplia y diversificada: 379 nuevos manuales que abordan no menos de 49 materias a lo largo de tres décadas. No solo hay más niños en la escuela sino que, una vez más, se amplía el abanico de cursos a su alcance, como lo prueba la aparición de manuales destinados a nuevas materias: física en 1841, botánica y cálculo diferencial e integral en 1848. Sin embargo, no deja de sorprender el porcentaje de producción de libros redactados en inglés, que llega al 46%, más del doble que en el período anterior. Los datos demográficos no bastan para explicar este fenómeno en su totalidad —los francohablantes siguen siendo muy mayoritarios— y habría que ver cuál es la parte de la producción destinada a los angloparlantes que se asignaba a las escuelas de francohablantes, hecho este que nos remite al tema del manual escolar como testigo de actitudes sociales poco analizadas hasta el presente.

La explosión del mercado se traduce en la proliferación de autores: en la portada de los manuales aparecen no menos de 145 nombres nuevos a lo largo de esos treinta y cinco años. De una u otra manera, la mitad de esos nombres cumplen tareas en el mundo de la enseñanza. También aparecen apellidos ilustres como el del historiador nacional François-Xavier Garneau, quien accede a publicar un resumen “en salsa catequista” de su monumental *Historia de Canadá*.

La reimpresión de manuales extranjeros, aunque ligeramente en baja en relación con el período anterior —el 27% contra un 39%—, sigue probando tanto la insuficiencia de la producción local como el deseo de incorporarse a una u otra de nuestras culturas originarias. Señalemos la llegada de dos nuevos jugadores que se integran en el paisaje educativo: Estados Unidos e Irlanda; en ambos casos, la llegada de grandes contingentes de inmigrantes provenientes de ambos países explica, por lo menos en parte, la necesidad de reimprimir aquí manuales que los ayudasen a mantener los lazos con las culturas de origen. Fuera de las reproducciones más o menos integrales, se abre el campo inmenso de las adaptaciones más o menos explícitas y explícitadas. El profesor Juneau es un caso interesante en este ámbito: la edición princeps de su abecedario de 1847 menciona en la portada el nombre de la fuente, el pedagogo francés Jean Palairé, pero esta mención desaparece en las reimpressiones subsiguientes, dejando todo el mérito para el adaptador quebequense. Se trata de préstamos que plantean un problema ético y también un problema ideológico.

Redactados en Quebec o tomados en préstamo más o menos integralmente a la producción extranjera, los manuales escolares ocupan un lugar cada vez más importante en el comercio y la industria del libro: entre 1840 y 1875, cerca de 150 firmas hacen sus pruebas en el oficio de la edición escolar y poco más de un tercio de ellas enarbolan una razón social con consonancia inglesa.

Felizmente, una reflexión intensificada sobre el producto acompaña ese aumento de la producción. Hay interrogaciones sobre el lugar que debe ocupar el manual en la enseñanza y se llega incluso a cuestionar su utilidad. El Abate Verreault, director de la escuela normal Jacques-Cartier, no los rechaza, pero, retomando el argumento que Perrault había desarrollado cincuenta años antes, propone el uso sistemático de mapas murales para paliar la falta de manuales, atribuible en gran parte a un costo demasiado alto. Finalmente, pese a todo, en general no se cuestiona la utilidad del manual aunque existan divergencias en cuanto a la manera de usarlos.

¿Dónde se sitúa el manual en relación con el doble objetivo de comprender-retener los conceptos? Los innumerables catecismos —con su sistema de presentación de los conceptos en forma de preguntas y respuestas, utilizado no solo para la enseñanza de la religión sino en todas las materias— favorecen abiertamente la memorización. Muy pronto se entienden las aberraciones a que conduce dicha práctica y se puede leer una denuncia en el *Journal de l'instruction publique* (Periódico de la instrucción pública) de 1869 que publica un artículo con este título sugerente “Un vicio en nuestro campo”.

Otro tema de discusión que surge es el de la multiplicidad de manuales existentes para cada materia. Es decir, ¿tendría que haber un único manual por materia a nivel de todo el territorio de Quebec? En su informe sobre la situación de la educación en 1853, Sicotte informa de las quejas de los maestros: “cada niño viene a la escuela con un libro diferente.” Incluso los profesores son criticados en 1856 por el superintendente Chauveau cuando señala que cada profesor dispone el uso de sus libros y que cada cambio de profesores implica la compra de nuevos libros. No fueron pocas las denuncias sobre los efectos perversos de la excesiva diversidad, vertidas por personas de incuestionable credibilidad, comenzando por Meilleur, quien ya en 1846 planteó una relación entre uniformidad en los manuales y mejor desarrollo de la enseñanza.

Si bien se postula su conveniencia en nombre de la rentabilidad pedagógica, la uniformidad plantea problemas en otro nivel, el de la diversidad de pertenencias religiosas, pues no es sencilla la situación de un protestante obligado a leer textos elogiosos sobre Roma. El abogado Mondelet, de predicamento entre las autoridades políticas, creyó encontrar la solución. En 1841 propuso, por lo menos para el nivel inicial, un único libro que se usaría en todas las materias y tendría aceptabilidad tanto entre los católicos como los protestantes porque contenía únicamente fragmentos de la Biblia; inútil decir que el proyecto no prosperó. Algunos años más tarde, con mayor realismo, otro abogado, Morin, sugiere para los angloparlantes el uso de una serie de manuales redactados en Irlanda que tenía la reputación de ser totalmente neutros en materia de confesión religiosa.

Señalemos finalmente que algunos manuales usados en Quebec se exportaron

a comunidades de francohablantes no quebequenses.<sup>1</sup> El superintendente de instrucción pública de Manitoba, Joseph Royal, menciona en 1872 el uso de libros de lectura importados de Quebec, el *Traité des devoirs d'un chrétien* (Tratado sobre los deberes de un cristiano) –entre otros-, que en realidad era un manual francés reimpresso en Quebec.

Católicos y protestantes participan codo a codo en el Concejo de Instrucción Pública creado en 1856 y administran juntos el sector público de la educación, aunque para la aprobación de los manuales a veces tengan que dividirse en dos sub-comités, en función de la pertenencia confesional. En 1875 se institucionaliza esta dicotomía con la creación en el seno del Concejo de Instrucción Pública de dos comités confesionales independientes uno del otro; en lo sucesivo y hasta la gran reforma de 1964, el mundo escolar será regido por un comité católico y otro protestante, que llevarán adelante sus respectivas políticas sin consultarse entre sí; esto va a marcar en profundidad el universo del manual.

### 1876-1964

Con un porcentaje de frecuentación escolar que crece permanentemente, el aumento del número de ediciones princeps y reimpressiones es significativo: se pasa de una producción de 584 manuales en la década que se inicia en 1870 a 2020 en la de 1950.

El Concejo de Instrucción Pública, que juega un papel central en este período, va a perseguir dos objetivos durante los ochenta años posteriores a 1876: uniformidad y, a la espera de la gratuidad, disminución de costos. ¿Cuál es el alcance de esta uniformidad? Una circular dirigida en 1879 a los inspectores de escuelas solicita uniformidad en el uso de manuales dentro de cada escuela. La ley de 1880, más ambiciosa, se refiere por primera vez a uniformidad en todo el territorio de Quebec. Objetivo que está lejos de alcanzarse como lo constata el primer ministro Marchand en 1898, contentándose con afirmar que el gobierno busca “ir estableciendo gradualmente en nuestras escuelas la uniformidad en el uso de los libros”.

No faltan quienes se oponen a esta uniformidad a nivel de Quebec, comenzando por el Concejo de Instrucción Pública que confiesa no haber sido consultado antes de la votación de la ley de 1880. En su informe de 1881, el superintendente Ouimet resume los argumentos esgrimidos por este organismo: editores afectados, regionalismos no respetados, peligro de instauración de monopolios -situación esta tan novedosa que ni siquiera los países de Europa occidental la habían planteado-. Se agrega a estos argumentos uno pedagógico: la uniformidad absoluta “iba a destruir necesariamente todo espíritu de competencia y

---

<sup>1</sup> (Nota del T.) Canadá es un país bilingüe con dos idiomas oficiales, inglés y francés. La gran mayoría de los habitantes francoparlantes de Canadá viven en la provincia de Québec, que está situada en la parte este del país, pero hay comunidades de habla francesa a través de todo el país (<http://www.estudiarencanada.org/servicios/>, octubre 2010)

emulación, desalentando así a los verdaderos talentos [...]” escribe el superior de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en un memorándum que presenta en 1894 a la asamblea de obispos. Finalmente, el gobierno logra finalmente que la ley de 1899 instaure uniformidad en el uso de manuales en el ámbito de cada una de las comisiones escolares, confiando la responsabilidad de la implementación a los miembros locales de las mismas.

Otro caballo de batalla de las instancias gubernamentales es la gratuidad de los manuales, íntimamente ligada a la uniformidad, como como lo recordaba el diputado Langlois. Este se quejaba del alto costo de los manuales en un texto dedicado a su cruzada a favor de la uniformidad. La gratuidad se menciona vagamente por primera vez en un texto de ley de 1897; en la ley de 1899 queda limitada solo a los niños en situación de pobreza, poniéndose el gasto a cargo de las comisiones escolares; la ley de 1912 plantea la gratuidad universal, siempre a cargo de las comisiones escolares, pero recién se concreta definitivamente con la ley de 1944 que garantiza a las administraciones locales que el gobierno les reembolsará los tres cuartos de los gastos incurridos. La política de la gratuidad, así como la de uniformidad, va a despertar reacciones apasionadas y en general los que reacciones van a ser siempre los mismos.

Pero incluso dentro de este mar de vacilaciones y pese a los opositores, el gobierno sigue apuntando a la gratuidad y la uniformidad. Lo manifiesta fehacientemente en 1900, emprendiendo la aventura de asumir la producción de una serie de manuales, uno por grado, cuyo contenido incluiría todo el material correspondiente al año académico respectivo y que sería distribuido gratuitamente. Solo se publicó el del nivel inicial —*Mi premier libro: leer, escribir, contar*— pero esto no invalida el hecho de que fue realmente un gran proyecto. A pesar de una fuerte resistencia en ciertos barrios y pese a limitarse al primer año, la operación fue un éxito. El manual se utilizó hasta 1938, por lo menos, y se distribuyeron gratuitamente más de un millón de ejemplares.

El manual escolar es una herramienta pedagógica, pero también económica. Los aproximadamente sesenta editores de la década de 1870 se han transformado en alrededor de cien en la de 1950. La concentración en el mundo de la edición es una tendencia general y nuestra colectividad participa de ella. Pero hay en Quebec una especificidad que le es propia en la edición de material pedagógico, y esta especificidad es la intervención de las comunidades religiosas. De los escasos títulos que publican estas comunidades a mediados del siglo XIX, pasan al 65% de las ediciones princeps durante la década de 1920 y luego su influencia comienza a disminuir progresivamente.

Son varios los factores que explican esta situación única. Fundadas en su mayoría en Francia -por lo menos las de hombres, que son las que predominan en el conjunto-, las comunidades religiosas llegan a Quebec trayendo su experiencia en el oficio y están en condiciones de reproducir en el nuevo territorio los mismos manuales

de sus colegas de Francia; como están formadas por pedagogos de carrera, pueden contar con sus miembros no solo para redactar esos manuales, sino para probar las versiones preliminares en la clientela meta, los alumnos; y como dirigen cientos de escuelas, tienen un universo de consumidores automático -por no decir cautivo- pues cada uno utiliza en la medida de lo posible sus propios manuales. Esta situación genera conflictos con los editores laicos, conflictos que solo van a desaparecer completamente cuando las comunidades religiosas vayan abandonando progresivamente la edición de manuales escolares a partir de la década de 1960.

En este período seguimos consumiendo productos que vienen de afuera, pero también exportamos los editados en Quebec. Las Hermanas de Santa Ana imprimen en Montreal una serie titulada *Vocabulario bilingüe*, destinada a las escuelas de Nueva-Inglaterra con estudiantes que son principalmente franco-americanos. Pero nuestra atención se dirige esencialmente hacia los francohablantes de la diáspora canadiense. Y en primer lugar por motivos ideológicos. Se hacen colectas de manuales que se envían a las escuelas franco-ontarianas o, a comienzos de la década de 1950, a las de los francohablantes de la región de Vancouver. El sector comercial también recibe su satisfacción. Durante largo tiempo, los francohablantes del oeste de Canadá -de habla inglesa- estudian historia en manuales editados en Quebec, principalmente por las comunidades religiosas. La novelista Antonine Maillet recuerda con un dejo de amargura que los Acadianos, francohablantes minoritarios en las provincias del este de Canadá, recibían donaciones de manuales que ya no se usaban en Quebec...

### 1965-2010

Desde la creación del Ministerio de Educación en 1964, el panorama del manual escolar prácticamente no ha sufrido cambios. A lo sumo se acentuaron las tendencias ya observadas, comenzando por el desarrollo de la edición pedagógica. La compilación aún no completada del catálogo de manuales indica 2479 documentos publicados durante la década 1970 y 4006 durante la década 1990. Observemos que, guardando las proporciones, hay menos editores durante la década de 1990 que en la de 1970, y esto da cuenta de la fuerte tendencia a la concentración de la producción en algunas grandes editoras, fenómeno este que puede explicarse, entre otros factores, por el costo de inversión cada vez más alto. El editor Guérin, uno de los más importantes en este ámbito, evaluaba que la inversión necesaria para la producción de un nuevo título era de 1.000.000.00 de dólares canadienses.

La transformación del Departamento de Instrucción Pública en Ministerio de Educación no se tradujo por un debilitamiento de la intervención de las autoridades gubernamentales en el campo del manual escolar. Lejos de ello, no solo sigue vigente la política de aprobación sino que un gran número de textos la explica ampliamente y en su totalidad. Son textos destinados tanto a los editores como a los autores potenciales. Control de larga data que responde hoy a nuevas preocupaciones. Se evalúa el valor pedagógico de los manuales pero se hace en una sociedad cada vez más multicultural y se analiza como con especial atención el marco ideológico subyacente; hay una preocupación extrema “por la eliminación de los estereotipos

discriminatorios en el material didáctico”, tanto en el capítulo del racismo como en el del sexismo.

En el plano pedagógico, no parecen acercarse a su fin los debates sobre el lugar del manual en la enseñanza; en *Quebec-francés* de 2000, por ejemplo, la interrogación es “¿Enseñar con manual o sin manual?” Pregunta tanto más de actualidad cuanto que las nuevas tecnologías —CD-ROM e internet— invaden el campo del texto impreso tradicional y tienen la preferencia de los principales usuarios, los niños; por eso al Ministerio de Educación no le queda más que una opción: “[entreabrir] la puerta al material digital” entre cuyas características está la de ignorar las fronteras con más facilidad aún que el texto impreso.

Era como para creer que virtualmente, con los años, el consumo de productos extranjeros iba a desaparecer, aunque más no fuera por auge del nacionalismo quebequés en la década del 60. Pero no es lo que sucedió, todo lo contrario. Acudimos cada vez menos a Francia e Inglaterra, es cierto, pero no pasa lo mismo con el Canadá inglés. Durante los últimos cincuenta años, se utilizaron en nuestras escuelas de francohablantes más de cuatrocientos manuales no quebequenses, particularmente textos editados para la parte angloparlante de Canadá. Más de la mitad de estos productos exóticos se usaron en la enseñanza de las matemáticas. Magro consuelo, devolvemos con la misma moneda, por lo menos en parte; el método de lectura desarrollado en los años cincuenta por una comunidad de religiosas tuvo descendencia en el Canadá inglés, Francia y hasta en la Polinesia francesa; y un editor quebequense de manuales escolares obtuvo una importante salida comercial en África francohablante.

Esta es, a grandes rasgos, la historia de nuestra aventura con el manual escolar. Me atrevo a esperar que estas breves nociones puedan ser de utilidad para los lectores en la reflexión sobre su propia aventura y despertarles el deseo de verificar in situ, en Quebec, este panorama que les he presentado.



